

— ¡Caro! ¡caro! ¡caro!...

El pobre joven, que no sabía ya de qué mundo era, ciñóle con un brazo la cintura y levantándola en alto, fué inclinándose poquito á poco, sin dejarla, hasta que la tendió, casi sin que ella lo advirtiese, sobre el sofá situado al lado de la mesa... Carmela se levantó bruscamente, púsose en pie, frunció el entrecejo, reveló en su semblante que fijaba en algo su pensamiento, y después murmuró con ligera expresión de disgusto:

— ¿Qué haces?

El oficial creyó entrever un rayo de esperanza, y permaneció largo rato contemplándola silenciosamente sin pronunciar palabra.

En cuanto á Carmela continuó pensativa durante breve espacio, y luego, sonriendo de un modo singular, distinto de la manera como hasta entonces había reído, añadió:

— ...¿Somos ya esposos?

El oficial dejó escapar un grito, y con los ojos vueltos al cielo, y la punta del índice entre los labios, pálido, convulso, meditó un momento la respuesta. Durante ese tiempo Carmela volvió los ojos á la pared, vió colgando de un clavo un gran sombrero cilíndrico, soltó una tremenda carcajada, cogiólo, y encasquetósele y gritando y dando grandes risotadas, comenzó á saltar en derredor de la sala.

— ¡Carmela! — exclamó dolorosamente el oficial.

Pero peor que peor.

— ¡Carmela! — gritó de nuevo el joven dirigiéndose á ella.

Asustóse, tomó corriendo la escalera, y no había transcurrido un minuto cuando estaba ya en la plaza saltando, gritando y desternillándose de risa.

El oficial se asomó á la ventana.

— ¡Carmela! — gritó otra vez con voz apagada.

Y luego se cubrió la cara con ambas manos y se dejó caer en una silla.

VIII

Al otro día en cuanto dejó la cama fuese á casa de su amigo el médico, que en cuanto le vió con los ojos enrojecidos y el rostro demudado, comprendió que iba en busca de consuelo y de consejo, y después de haberle hecho sentar á su lado, comenzó á sermonearle en regla. El oficial, sin embargo, no le escuchaba, y parecía preocupado por otro pensamiento. De pronto se serenó y dándose un recia palmada en la frente, exclamó:

— ¡Calle! ¡Pero, Señor! ¿cómo no se me había ocurrido?

— ¿El qué? — preguntó el médico.

El oficial no le contestó. Tomó un pliego de papel y una pluma y se puso á escribir con convulsiva rapidez. Después, en cuanto dió por terminada su tarea, leyó:

«Señor teniente:

»Sin preámbulos, cual entre nosotros se acostumbra. Hace mes y medio me hallo al frente del destacamento de*** que mandó usted hace tres años, durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre. He conocido en dicho pueblo una muchacha de diez y ocho á veinte años, que se llama Carmela, la cual hace dos que está loca, y según dicen, perdió la cabeza enamorada de usted. Lo que ha sido de ella, desde que salió usted de la isla, debe usted saberlo, lo mismo que el carácter especial que reviste su locura; puesto que, según se me ha manifestado, no faltó quién se lo escribiera á usted. La situación desgraciadísima de esta muchacha desde el punto y hora en que la ví, despertó en mi pecho un profundo sentimiento de compasión, y en consecuencia he hecho todo cuanto de mí ha dependido con el objeto de que recobrara

el juicio. Para ello me he vestido como me han dicho que vestía usted; he aprendido á tocar y cantar como usted cantaba y tocaba; he procurado ajustar mis actos todos á los que á usted le caracterizaban, según se me ha dicho por las personas que le trataron á usted; he mostrado amarla: le he hablado de usted; he fingido ser usted en persona, pero todo ha sido inútil. Me es imposible encarecerle á usted cuánto me ha afligido el ver desvanecerse una en pos de otra mis esperanzas más lisonjeras. Queda un medio sin embargo: todavía resta una prueba que hacer, y ésta depende de usted: no quiera usted negármela: atienda mis ruegos, y hará con ello una obra de caridad. Présteme usted atención un momento siquiera.

»Según dicen, uno de los medios más eficaces para volver la razón á los locos, consiste en representar ante ellos con los detalles más insignificantes y con la más escrupulosa exactitud alguno de los sucesos más importantes entre los que más de cerca precedieron á su enfermedad, fueran ó no su causa determinante. Pues bien, he imaginado que el repetir exactamente á Carmela la escena de su partida de usted, podría producir algún efecto. Para ello he preguntado á muchas personas de esta población y lo único que he podido averiguar es que se embarcó usted á prima noche, y que antes de partir cenaron con usted en su alojamiento, el alcalde, el jefe de carabineros y otras personas; pero los incidentes de la cena referida, ó se recuerdan mal ó se han olvidado completamente. Se los pido, pues, á usted con la solicitud de quien se empeña en una obra de caridad que cuesta muy poco ó nada á quien debe hacerla, y puede devolver la felicidad y la vida á quien ha de ser objeto de ella. Sírvase, pues, escribirme todo cuanto recuerde, punto por punto, sin olvidar las personas que concurrieron; los asuntos que en las conversaciones se trataron; los hechos que tuvieron lugar, en una palabra, todo cuanto pasó. Pero lo que más interesa

saber es la hora precisa en que tuvieron efecto los sucesos más importantes, según el orden con que se realizaron. Ruégole encarecidamente que me los refiera con claridad y precisión: hágame usted este obsequio, ¡qué digo obsequio! este favor incomparable, al cual estaré agradecido durante mi vida.

»No pido más: confío en la nobleza de su corazón: le estrecha la mano como verdadero amigo y compañero, y le dice adiós...»

— ¿Qué te parece?

— ¡Magnífico, hombre, magnífico! — contestó el doctor que no había pestañeado durante la lectura. — ¿Conoces su nombre, el regimiento á que pertenece y el sitio dónde se encuentra?

— Lo sabe el alcalde.

— ¿Y esperas que te conteste?

— Estoy seguro de ello.

Y en efecto contestó, por medio de una carta de ocho carillas, que contenía cuantos detalles se habían solicitado respecto de las personas, las cosas, los asuntos que fueron materia de conversación, el orden con que se realizaron; en una palabra, todo. En cambio, no había en ella ni una alusión, ni una palabra que hiciera referencia á su pasado amor; nada absolutamente que no dijera relación con la cena que había precedido á la partida; ni una sílaba que se apartara de las preguntas que se habían hecho, ni siquiera una expresión de lástima para la desgraciada Carmela. Por la lectura de dicha carta, fría en apariencia é indiferente, se adivinaba el torcedor del remordimiento que escribiéndola debió sentir el autor de tanto daño: de lo contrario, hubiérase encontrado en ella una palabra siquiera de lástima y de pesar. Al ponerle término habría dicho por lo menos: «Espero... etcétera;» pero nada, absolutamente nada. «El vapor zarpó á la una de la noche. Saludo á usted.» Y la firma al pie.